cia de su padre, repetían las alabanzas de María? ¡Cómo subía al cielo esa tierna plegaria recompensada con las maternales bendiciones de María! Nuestra diócesis se ha glorificado con la oración del Rosario, que es el salterio de las alabanzas, de los dolores y de las glorias de la Virgen Santísima, y á esta cadena de su amor maternal deseamos asirnos juntamente con nuestros diocesanos para no perecer en el naufragio que á todos espanta.

Encargamos á nuestros amados cooperadores en el sagrado ministerio que recomienden constantemente á los fieles esta devoción sagrada, enseñándoles la manera de rezarla y explicándoles su importancia, para que, como en otros tiempos, sea una necesidad imperiosa en los hogares chilenos.

La Encíclica del Santo Padre, como esta nuestra Pastoral, será leída á los fieles en todas las iglesias de nuestra diócesis.

Dado en Santiago de Chile el día ocho de diciembre de mil ochocientos noventa y tres.

MARIANO,
Arzobispo de Santiago.

Por mandado de Su Señoría Ilma. y Rma.

M. ANTONIO ROMÁN,
Secretario.

PASTORAL
SOBRE LA PRENSA IRRELIGIOSA.

NOS, MARIANO CASANOVA, etc.

Al clero y fieles de la arquidiócesis,
salud y paz en el Señor.

ENTRE los motivos de angustia que afligen nuestro ministerio pastoral, el más grave y doloroso es el increíble desbordamiento de la prensa irreligiosa. Una emulación espantosa se ha apoderado de los enemigos de la religión para atacarla en sus dogmas, en sus preceptos, en sus sacramentos y en su culto, empeñándose por atraer sobre sus ministros el odio y el desprecio del pueblo. Pasaron ya aquellos tiempos en que los diarios irreligiosos eran raros en Chile, y en que sus redactores procuraban velar sus ataques bajo formas comedidas y respetuosas de la moral. Ese respeto, exigido á lo menos por la educación, ha desaparecido por completo en esas publicaciones que se esparcen en la capital y demás ciudades de la República con una profusión nunca vista entre nosotros. En ellas no hay reputación que no se manche con la detracción, no hay honra que no se dilacere con la calumnia, ni fama bien adquirida que no padezca detrimento, así de los ministros de la religión como de las personas más respetables que militan en las filas de los hombres de fe; y esto no sólo en esas hojas anónimas que son generalmente despreciadas, sino hasta en diarios que presumen de serios

y honrados cuando en verdad son los más procaces é impíos, á los que no necesitamos nombrar porque todos los conocen bastante: diarios sin más principios que los de la conveniencia y sin más moralidad que la que les sugiere la pasión personal y política; diarios que revelan depravados instintos y á quienes pueden aplicarse en rigor aquellas palabras: *Con los pequeños, elefantes, y con los grandes, hormigas.*

Multiplicados en tanto número estos maestros del vicio, van enseñando por todas partes la ciencia del crimen, agostan en los corazones los gérmenes de la virtud y arrojan en el seno mismo de la inocencia las semillas envenenadas de la muerte y del pecado.

En vista de un desorden tan general, ¿podríamos permanecer en silencio? Y cuando el genio del mal ha sobrepasado todo límite, ¿no estaremos obligados, como guardianes de la religión, á defender la fe y la moral ultrajadas vilmente?

Esta difamación sistemática del sacerdocio y de los católicos más conspicuos está destinada á labrar el desprestigio de la religión á los ojos del pueblo crédulo, que presta fácil asentimiento á la calumnia que se estampa en hojas impresas y que se reparten día á día en formas diversas. El fruto de esta propaganda lo estamos palpando diariamente. El sacerdote recibe hoy insultos groseros y ofensas de todo género de los labios de aquel mismo pueblo de quien en otro tiempo sólo recibía muestras de afecto y de respeto. El sacerdote, que antes era considerado como el mejor amigo del pobre, es para muchos como un enemigo y, casi diríamos como un malhechor, á quien puede prodigarse impunemente toda clase de injurias personales. Y es bien sabido que el odio al sacerdote trasciende necesariamente á la religión; por la cual, los que procuran desconceptuarlo en los periódicos irreligiosos, lo que en realidad

pretenden es arrebatar al pueblo la fe y precipitarlo en el abismo de la impiedad. Y á fin de obtener mejor este resultado, se empapan esos escritos en el veneno de la inmoralidad, que excita las malas pasiones del corazón y estimula á romper el freno que detiene al hombre en la pendiente de los vicios. Y todavía, á la doctrina inmoral y á la detracción se añade la caricatura, á fin de que el contagio entre por los sentidos y no se escapen ni aún los que no saben leer.

«Es sabido que lo que entra por los ojos produce en el ánimo impresión más profunda que la que puede causar la simple lectura de una doctrina errónea ó de un hecho ó fábula contrarios á la decencia. Mediante este recurso se consigue, por lo tanto, inocular de un modo más seguro y rápido la corrupción moral, sin que se exceptúen del contagio, como sucede con las demás publicaciones, las personas que no saben leer y las que, como los niños, no están en situación de comprender la malicia de un artículo ó el veneno de un folletín. Nadie hay, en efecto, ni el más ignorante ni el más inocente, que no se sienta mal impresionado á la vista de una figura indecorosa ó de una escena impúdica dibujada al vivo en el papel.

«Irreparables son los estragos que este género de publicaciones causa, especialmente en el pueblo. Excitada su curiosidad con las informes y ridículas figuras que ostentan, las compran de preferencia y conservan cuidadosamente como cosa digna de estima; no siendo raro el caso de verlas sirviendo de adorno en las paredes de sus miserables tugurios. Nadie ignora que el objeto de tales publicaciones es halagar los más bajos instintos de la naturaleza, haciendo aparecer contaminadas de vicios inmundos á personas dignas de respeto por sus méritos y virtudes, mediante los vedados recursos de la maledicencia y del ridículo. Los autores y editores de este género de publicaciones, que buscan

ante todo el medro pecuniario, saben que su negocio será tanto más pingüe, cuanto más negras fueren las tintas con que recargan sus cuadros de inmoralidad, cuanto más espeso sea el lodo que arrojan sobre la reputación ajena y cuanto más desnudos sean los cuentos, anécdotas y chistes con que llenan sus columnas. Por lo mismo, su mayor empeño ha de consistir en acumular en sus escritos y caricaturas lo que puede causar más graves daños á la moralidad social.» [1]

Y bien, ¿qué deberemos pensar de los autores de esas hojas corruptoras? La historia, que es maestra de la verdad, nos enseña que las grandes catástrofes sociales han sido preparadas por las malas doctrinas difundidas en los pueblos por medio de la prensa. En el mundo moral, como en el mundo físico, no hay efectos sin causa; y las doctrinas destructoras de la religión y de la moral son en las sociedades lo que el viento en los mares, esto es, preparan y desencadenan las tempestades. Todos los historiadores están de acuerdo en atribuir á las doctrinas de los filósofos impíos del último siglo la causa primera de aquel movimiento general que arrastró primero á Francia al abismo de la impiedad, para despeñarla después en el de la revolución. Luis XVI, preso en el Templo, en el mismo sitio que había sido como la cuna de la llamada filosofía del siglo XVIII, mirando los retratos de Voltaire y de Rousseau, exclamó: «Esos dos hombres han perdido á Francia.» Napoleón Bonaparte, persuadido de esta misma verdad, comenzó por encadenar la prensa impía para enseñorearse de la revolución, diciendo «que no se sentía con fuerzas suficientes para gobernar á un pueblo que leyese á Voltaire y á Rousseau».

[1] Edicto del Ilmo. Señor Vicario Capitular de Santiago, fecha 29 de septiembre de 1886.

Y el socialismo, que comienza á poner por obra las últimas consecuencias de su doctrina, ¿cómo ha logrado apoderarse de los espíritus y formar un poder formidable que amenaza destruir los principios fundamentales de la sociedad? Nadie ignora que la difusión de la doctrina socialista es debida á la prensa irreligiosa y revolucionaria que durante medio siglo ha estado predicando al pueblo que la propiedad es el robo, que el capital es tiranía, que la desigualdad social es injusticia, que la autoridad es una usurpación de los derechos del pueblo, y que la religión es una invención del clero.

Y no hay por qué sorprenderse de los resultados de esta propaganda. Las malas doctrinas, como las malas semillas, encuentran en las viciosas inclinaciones de la naturaleza humana un terreno fértil en que arraigarse, porque las malas doctrinas están siempre en conformidad con las malas pasiones que fermentan en el corazón y son á menudo causa de deplorables caídas en el hombre que sacude el freno de la conciencia. Por esta razón los autores de esas publicaciones propagadoras de la impiedad, que dejan al pueblo desarmado en presencia de los incentivos del mal, son reos de gravísima culpa en presencia de Dios y de la sociedad. Compárese por un momento el crimen de los escritores impíos con el de esos hombres á quienes persigue y castiga la justicia humana. El que toma un bien ajeno es culpable ante la ley y soporta los rigores de la justicia. Y ¿qué es un bien material comparado con la honra y reputación que roban los escritores de ciertos periódicos irreligiosos? El ladrón podrá tener por excusa su miseria; pero ¿qué excusa podría alegar el que desgarra la fama del prójimo con la detracción y la calumnia? Gran crimen es, sin duda, atentar contra la vida de nuestros semejantes; pero muchas veces el asesino es cegado por el furor de una venganza ó por las excitaciones del licor; y